Globethics Repository



Hacia una iglesia llena de gracia (Desafío de la ética a nuestras eclesiologías) [Towards a church full of grace (Challenge of ethics to our ecclesiologies)]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Book chapter
Authors	Castro, Emilio
Publisher	Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI)
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-11-14 16:13:04
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/195762

HACIA UNA IGLESIA LLENA DE GRACIA (Desafío de la ética a nuestras eclesiologías)

Emilio Castro

Dice Juan Stam en su contribución al primer libro sobre la *Gracia, Cruz y Esperanza en América Latina*, que pocos términos son tan centrales al pensamiento bíblico como la palabra *gracia*, y destaca que Kart Barth señala la importancia del binomio gracia-gratitud, caris-eucaristía, al insistir en que la gracia debe ser el principio central de nuestra teología y la gratitud, el motor central de nuestra ética.

En ese mismo artículo, Juan Stam nos señala que el Éxodo, hecho fundador de la historia de Israel, fue pura gracia divina y que el pacto con Israel fue otra gran manifestación de la gracia. Y luego nos dirá, y citamos textualmente de la pág. 28 del libro *Gracia, Cruz y Esperanza en América Latina*, "*con Abraham y Sara, Dios pactó su gracia para la bendición de ellos y por medio de ellos a todos los pueblos*". (Gn 12:1-9, 13:14-17, 15:1-21, 17:1-22, 18:1-14, 22:15-18). Fue un pacto de gracia y bendición; de hecho, esa bendición a las naciones por el linaje patriarcal es un tema central del libro de Génesis.

Abraham bendice a Lot y a las cinco ciudades desvastadas por la coalición de Quedorlaomer, (Gen.14). Intercede por Sodoma y

---

* Uruguayo, metodista, ex-secretario general del Consejo Mundial de Iglesias.

Gomorra (Gn 18). Laban confiesa a Jacob "*que, gracias a ti Yahvé me ha bendecido*", (30:27-30). José, a quien el libro dedica sus catorce capítulos finales, después de haber sido esclavo y preso, se desempeña como primer ministro y ministro de agricultura en Egipto y planifica bien la economía (Gen. 47) para poder proveer alimentos, no solo a los egipcios sino a su propio pueblo, los israelitas y a todas las naciones circunvecinas. En José, el pacto de gracia se hizo comida, salud y vida para muchos pueblos, (Gn 50:19-30). En la base del pacto estaba la elección, no tanto para privilegio sino para servicio (que es en sí un privilegio). El escritor deutoronomista insiste en que esta vocación del pueblo era por la pura gracia de Yahvé, "*porque para Yahvé, tu Dios, tú eres un pueblo santo, Él te eligió para que fueras su posesión exclusiva entre todos los pueblos de la tierra, Yahvé te ha amado, no porque eras el pueblo más numeroso, sino el más insignificante de todos, lo hizo porque te ama y quería cumplir su juramento a tus antepasados, por eso te rescató del poder del Faraón y te sacó de Egipto con gran despliegue de fuerza*". (Dt 6:8).

La elección del pueblo de Israel para ser bendición a los pueblos de la tierra manifiesta la gracia liberadora-redentora de Dios. Gracia que se va a manifestar plenamente en el NT, especialmente en la muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Así como en el AT la gracia es privilegio de quien la recibe, pero al mismo tiempo es equipamiento para responder a Dios, ejerciendo la misma actitud de amor hacia todos los pueblos de la tierra; así también en el NT encontraremos que la elección de la iglesia, la constitución de un pueblo de la fe en Jesucristo es portadora de bendiciones, de consuelo, de aliento para ese pueblo, pero es también el privilegio que se le otorga de asumir la corresponsabilidad con Dios, por el anuncio de la salvación a toda la humanidad. Uno de los pasajes evangelísticamente mas usados del NT, es la invitación de Jesús a sus discípulos (Mt 11:25-30): "*En aquel tiempo, respondiendo, Jesús dijo: te alabo Padre, Señor del cielo y de la tierra porque escondiste estas cosas a los sabios y a los entendidos y las revelaste a los niños; sí Padre, porque así te agradó, todas las cosas me fueron entregadas*

por mi Padre y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre conoce alguno sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar, venid a mí todos los que estéis trabajados y cargados y yo os haré descansar, llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga". La invitación es una oferta de consuelo, de cariño, de afecto, de confianza, pero es, al mismo tiempo, una invitación a llevar el yugo de Cristo y caminar con él en el cumplimiento de su tarea, "*su yugo fácil ligera su carga*" pero es esencial que los que viven de la gracia respondan con gratitud.

Es coherente la posición bíblica: Dios siempre llama para dar bendición y para habilitar, para ser y compartir bendición. El llamado no es al privilegio de disfrutar egoístamente, sino al privilegio de compartir y, en la acción de compartir, el privilegio se hace doble, se hace más rico, más evidente. Ser parte del pueblo de Dios implica privilegio y responsabilidad. En la carta de Pablo a los Filipenses, el apóstol describe la forma en que los cristianos se relacionan entre ellos, porque se han relacionado primero con el Cristo, que graciosamente les ofrece vida nueva, (Filipenses 2:1-11). "*Por lo tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria, antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo, no mirando cada uno lo suyo propio sino cada cual por lo de los otros, haya pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús el cual, siendo forma de Dios, no estimó ser igual a Dios como cosa a que aferrarse sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y estando en la condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por lo cual también Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en*

el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre". El llamado es a la imitación de Cristo, a sentir como él sintió y a dar como él dio.

Muchas veces nos desviamos de la verdadera riqueza del ser iglesia para pensar solamente en los beneficios que nos vienen por participar en ella, y damos testimonio de las bendiciones que hemos recibido de Dios sin reconocer que la gran bendición que Dios nos da es la vocación de servicio, es la vocación de solidaridad, es el dar testimonio de Jesucristo mismo. Podemos desviarnos de nuestra comprensión de la gracia divina, al estar tan conscientes de los beneficios que esa gracia nos trae, que nos olvidamos de que los beneficios solo muestran su autenticidad y encuentran su plenitud, en coparticipación con el mundo que nos rodea. En el consuelo que tenemos en la vida congregacional, descubrimos la vocación de evangelización y de servicio hacia el mundo, a la cual Dios mismo nos llama y el consuelo se hace aliento a la vocación, y en el cumplimiento de la vocación recibimos más consuelo por la alegría de los que reciben el evangelio a través de nuestra palabra o nuestro testimonio, y por la manifestación plena del Poder del Espíritu en la vida de la comunidad. La gracia es un llamado, una invitación permanente, no es una posesión.

Uno de los textos mas hermosos del NT se encuentra en la carta del apóstol Pablo a los romanos (8:35-39), *"¿Quien nos separará del amor de Cristo?, tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada; como está escrito: por causa de ti somos muertos todo el tiempo, somos contados como ovejas de matadero. Antes en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó, por lo cual estoy seguro de que en ni la muerte ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada, nos podrá separar del amor de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro"*. La profunda seguridad de que la fe puede resistir todos esos escenarios de tragedia, que el apóstol menciona, no descansa en nuestra posesión de la gracia divina, sino en nuestro ser

poseídos por esa gracia. "Nada *nos podrá apartar del amor de Dios"*. Nosotros podemos, con nuestras debilidades humanas, caer en el proceso de vivir nuestra fe pero lo que no cae, lo que no falta nunca es la disposición amante de Dios, es su gracia permanente.

Decíamos que la gracia no es una posesión de la cual se dispone. Pero es una invocación a Dios, el cual siempre escucha, la *epiclesis*, la oración por el Espíritu Santo, pidiendo su presencia transformadora en nuestra vida y en la vida de la comunidad. Es la única garantía o promesa que tenemos, de que la gracia estará presente y multiplicará las fuerzas que necesitamos. Los bienes que recibimos son invitación a la gratitud y a la generosidad, no son derechos que hemos de reclamar, no son premios ni castigos, son gracia abundante, dádiva gratuita de Dios. Aquí vale la pena recordar el movimiento de la Reforma del siglo XVI, cuando Martín Lutero sale a la palestra denunciando la venta de indulgencias, que aseguraban el perdón completo contra ofrendas o pagos especiales: no hay nada que pueda ser propiedad nuestra, sino que todo es gracia de Dios. Fenómeno parecido al de las indulgencias que Lucero critica, se puede dar en nuestras prácticas eclesiales cuando se exigen ofrendas y sacrificios a cambio de la bendición de Dios. En un mundo en el cual todo parece tener precio, todo se compra y se vende, podemos contagiarnos de esa ideología y transformar la iglesia, expresión de la gracia y anunciadora de la gratuidad del amor de Dios, en proveedora de servicios contra su pago.

Esta referencia a problemas internos de las iglesias en América Latina abre a nuestra consideración la pregunta por el *ser* y el *quehacer* de las iglesias en nuestro continente. Cómo respondemos a una conciencia de llamado que se expresa en el mensaje bíblico y llega a cada uno de los creyentes y a cada uno de los predicadores; cómo reconocemos y confesamos al Dios que gratuitamente envía a su hijo Jesucristo para dar su vida por la redención y la liberación del mundo; cómo reconocemos que en Jesucristo hemos recibido el consuelo de la presencia divina y cómo, en la vida de la co-

munidad cristiana, hemos podido experimentar de alguna manera la comunión, la fraternidad, el aliento, el apoyo de los demás; cómo reconocemos también que esa convocatoria de Dios al seno de su familia, al seno de su pueblo, es una convocatoria, no solo para nuestro bien sino para producir, a través de nuestro bien, el bien para toda la humanidad. En consecuencia, tenemos que preguntarnos muy seriamente cómo es posible que en un continente en el cual las iglesias cristianas son absolutamente mayoritarias y donde las iglesias de persuasión evangélica o de referencia directa al texto de la Biblia crecen numéricamente en forma espectacular, pueden darse las tremendas diferencias sociales que existen en nuestros países, aumentarse las injusticias en las relaciones humanas, aumentar el problema de la violencia doméstica y el de la violencia urbana, aumentar el problema del consumo de drogas, y mantenerse la corrupción en la vida pública. Mientras pensamos en este tema y reflexionamos sobre él, la prensa nos informa de que en Brasil, un buen grupo de diputados evangélicos han estado implicados en una maniobra de corrupción con la compra de ambulancias. Parece imposible que esto suceda a partir de una comunidad de fe, en la cual se ha vivido la gratuidad de la acción de Dios y se nos ha convocado a expresar nuestra gratitud en amor y servicio a los demás. La iglesia es un don de la gracia de Dios y como tal la hemos experimentado en nuestra propia vida; y como tal la anunciamos y la abrimos al mundo, pero la iglesia lo será en la medida en que viva de la gracia, del perdón, del amor de Dios, y se sienta convocada para ser servidora del proyecto de Dios, del proyecto de su Reino.

Quizás sea conveniente en este momento recordar le experiencia de conversión del apóstol Pablo, que después de haber sido perseguidor de la iglesia, se encuentra con el Cristo resucitado, quien lo interpela: *"¿Por qué quieres seguir dando coces contra el aguijón?"*, y Pablo solo puede caer de rodillas y pronunciar la frase, "*Señor ¿qué quieres que haga?*". (Hch. 9: 3-6). La experiencia de la conversión es real y formidablemente bella, totalmente gratuita. A quien solo podía ofrecer las cadenas que había puesto sobre los

cristianos y la sangre de los que castigó, Dios le dice: basta ya de un camino equivocado, levanta tu mirada, hay posibilidades nuevas; y Pablo solo puede responder con una ofrenda total de su persona: "*Señor ¿qué quieres que haga*?".

Las iglesias en América Latina están presentes en todos los estratos de la sociedad, en lo profundo de la montaña y la selva, como en los arrabales de las grandes ciudades. En todo lugar son comunidades, pueblo de Dios, casa del espíritu, centro de afirmación de los dones que Dios distribuye para bendición de todos, llamados a ser lugares de consuelo y de ayuda recíproca. El hecho de que la iglesia esté presente en todos esos lugares significa una gran bendición y una gran responsabilidad: bendición, porque nos pone en contacto directo con todos los sectores de la sociedad y en particular con los más pobres, los más necesitados, los que son objeto particular de la gracia y del amor de Dios. Por eso, las iglesias se ven convocadas a abrirse como lugares de recepción, de bienvenida, de consuelo, de apoyo, de sustento, de esperanza. Cuántos solitarios hay en nuestras grandes ciudades!, ¡cuántos millones de personas que han dejado sus lugares de residencia para buscar una vida mejor, a través de las posibilidades de trabajo en las grandes ciudades, en las que a veces encuentran solo desengaño y soledad! Las iglesias están allí, comunidades de fe, comunidades de amor, para ofrecer una mano al solitario, abrirse a escuchar y compartir la experiencia bendita de la gracia divina. Así mismo, nuestro continente está lleno de violencia, violencia en las grandes ciudades, en el abuso que se ejerce contra los campesinos y los indígenas; violencia familiar; la iglesia está presente para proveer consuelo y apoyo al que sufre, para reprender al violento, para anunciar el nuevo año de las posibilidades que la gracia de Dios abre en todas las sociedades.

En América Latina también tenemos presentes las grandes tragedias que afectan a la salud de la comunidad: el sida, la drogadicción, el alcoholismo, tantas enfermedades que aíslan, que discriminan, que separan; y la iglesia está llamada a ser el lugar de refugio, el lugar de perseverancia para con todos los marginados de la

sociedad. América Latina conoce también las discriminaciones raciales: todavía después de 500 años del inicio de la colonización del continente, no se ha logrado justicia básica para los pueblos indígenas. Todavía nuestros parlamentos vacilan en promulgar leyes que reconozcan los derechos tradicionales de esos pueblos autóctonos. En cuanto a la discriminación de género, todavía nos falta reconocer el valor de la mujer para la vida del hogar, sí, pero para la de la sociedad también, y la de la iglesia también, para que se faciliten caminos a fin de que su contribución enriquezca toda la vida de la sociedad. La iglesia tiene que ser un lugar de reconocimiento de los dones de liderato y de servicio que Dios ha dado a las mujeres y que habiéndose ejercitado en la iglesia, pueden manifestarse también en beneficio de toda la comunidad.

La iglesia es lugar de consuelo y también lugar de inspiración para el servicio, para la proclamación, para la exigencia de cambios en toda la sociedad. La gracia de Dios es gracia que consuela y conforta, pero gracia que desafía y envía; es llamado para ser bendición y, en consecuencia, nuestra existencia en América Latina tiene que ser una señal de esperanza, tiene que ser una señal de aliento para todos los que miran hacia un mañana más justo, más solidario.

El subtítulo que la propuesta de los editores ha puesto a este capítulo, el desafío de la ética a nuestras eclesiologías, nos obliga a entrar en digresiones sobre temas fundamentales. La iglesia que se reconoce fruto de la gracia divina busca expresar en palabras, en conceptos, esa realidad, intentando definirse, explicarse su sentido, su ser, a sí misma y al mundo. A estos intentos de autodefinirse y de presentarse, a esta reflexión sobre su propio ser, llamamos eclesiología. La palabra puede hacernos pensar en fórmulas doctrinales de ámbito académico, pero su intención primaria es expresar y formar la autoconciencia, la vocación de la comunidad de fe, señalando siempre hacia su origen y destino en la gracia y propósito de Dios. Así, por ejemplo, el NT no nos da una definición académica de lo que significa ser iglesia, pero sí un conjunto de imágenes que nos proveen de visiones de la voluntad de Dios para ella y de las

posibilidades que abren esas imágenes. Así, si se nos habla de la iglesia como pueblo de Dios, ya encontramos la referencia en el AT (Jeremías 31: 33, Ezequiel 37:27). A través de la palabra de Dios y del espíritu, Dios elige y forma entre todas las naciones de la tierra, una en particular para traer la salvación a todas: "*La elección de Israel marca un momento decisivo en la realización del plan de salvación. Este pacto lleva consigo muchas cosas, incluido un llamado a la justicia y a la verdad. Pero también un gracioso don de koinonia, comunión, un impulso dinámico que es evidente a través de la historia del pueblo de Israel, aun cuando la comunidad pueda romper esa comunión. A la luz del ministerio de la enseñanza y, por encima de todo, la muerte y resurrección de Jesús, y el envío del Santo Espíritu en Pentecostés, la comunidad cristiana cree que Dios envió su Hijo para traer a cada persona la posibilidad de comunión con otros y con Dios, manifestando así el don de Dios para todo el mundo*". (La naturaleza y propósito de la iglesia, editado por el CMI, nov 1998, pág. 13).

Las imágenes son varias, *pueblo de Dios, casa de Dios, cuerpo de Cristo, morada del espíritu*, pero todas son referencias a la presencia de Dios y a la acción del Espíritu Santo, es decir que toda referencia al ser de la iglesia es necesariamente una referencia a su nacimiento y vida en Dios, a su identidad y vocación en el Espíritu Santo; es, en suma, una apelación constante a la gracia de Dios.

La eclesiología en sus definiciones lleva consigo una proclamación vocacional: la iglesia es fruto de la gracia y, al mismo tiempo, debe ser manifestación de la voluntad salvífica de Dios para el mundo. Es transmisión de la gracia, no como depósito que se administra y distribuye, sino como anuncio testimonial con invitación a la participación, como espera vigilante, anhelante, de la manifestación de Dios. La gracia no es una sustancia que se distribuye, menos aún, algo que se puede comprar o vender, sino que es la disposición bondadosa de Dios, es la fidelidad de Dios a la cual se señala y de la cual se testifica, y a la cual se invoca y de la cual se vive. A la iglesia le han sido dados los medios de gracia, es decir, los sacramentos, sobre todo el del bautismo y el de la santa ce-

na, pero en todos ellos la referencia es siempre a la *epiclesis*, a la convocatoria, a la apelación, a la presencia y la acción de Dios. No es una acción administrativa eclesial sino una vivencia profundamente espiritual. La eucaristía, que es participación en el misterio de la encarnación y vivencia de la vocación redentora de Dios hacia toda la creación, presente en el pan y el vino, se confirma, se completa con la *epiclesis*, participación, espera anhelante en la acción del Espíritu Santo. Tal es el carácter existencial de la vida de la iglesia, que la autentifica como tal.

A partir de las imágenes de la iglesia en la Biblia y de la experiencia eclesial de los siglos, las iglesias han ido definiendo su identidad en fórmulas diversas, algunas peculiares de un grupo particular, pero no de los demás; otras, más generales; así, las marcas clásicas de la iglesia son las de su "unidad, santidad, universalidad, apostolicidad". La iglesia solo puede ser una si es el cuerpo de Cristo, si es el pueblo que Dios llama. Una iglesia congregacional, nacional o universal, que no asuma como vocación propia la búsqueda de la unidad de los cristianos, no es una iglesia en el pleno sentido del término, porque en la voluntad de Dios y en la oración de Jesucristo, la unidad es un valor supremo. Así mismo, una iglesia que haga discriminaciones de carácter racial, nacional o social entre sus miembros, o en relación con la comunidad en la cual se encuentra, es una iglesia que niega su ser universal, su llamado a constituir un nuevo pueblo de Dios que supera todas las barreras, todas las separaciones.

Una iglesia que no busca la santidad y que no está en permanente actitud de arrepentimiento y purificación, no puede ser llamada *santa*, porque no da testimonio del Dios santo que la santifica. La iglesia tiene la vocación de universalidad, abraza toda la creación y asume la responsabilidad por todos los seres humanos. Una iglesia con divisiones raciales, clasista o sexista es negación de la vocación de unidad a la cual somos llamados, es negación de nuestra catolicidad, es negación de la santidad a la cual se nos convoca. Una iglesia que no asume su punto de partida en el testimonio de los apóstoles y no se reconoce enviada –en el sentido de la

palabra apostólica– a compartir el mensaje del amor de Dios en Jesucristo a toda la humanidad, es una iglesia que niega su razón de ser.

Es decir, hay interacción entre las imágenes o los conceptos de nuestras eclesiologías y la conciencia y la experiencia de la gracia de Dios que nos convoca a vivir en actitud dinámica de recepción de esa gracia y de transformación de nuestra conducta y de toda la situación humana, para llevarlas más cerca de la voluntad divina. Una iglesia que no vive el dolor de los pueblos que sufren por las guerras, por las discriminaciones sociales, por la ausencia de justicia, es una iglesia que se ha olvidado de su razón de ser en la gracia de Dios. Las iglesias han intentado a lo largo de los siglos concretar en grandes líneas definitorias su identidad a través de formas litúrgicas, de *credos* que dan cohesión a la comunidad y ayudan a expresar su continuidad histórica y que han servido y sirven para evocar lo esencial de la fe. No son fórmulas que operan por sí mismas, independientes de su origen de la gracia de Dios, ni de su vocación presente de apelación a la acción del Espíritu Santo: el peligro de la rutina siempre existe, pero no es un fatalismo en el cual tenemos que caer. Así mismo, a través de fórmulas canónicas o leyes, las iglesias se han equipado para su vida comunitaria ordenada, pero no se han fosilizado. La ley que mata es la que se independiza de su fin, de su fuente y su propósito en la libre gracia de Dios; la ley que sirve a la vida es la que recuerda su origen en esa gracia liberadora de Dios y la que recuerda que su vocación es servir en Jesucristo a él, y con él, a la liberación de toda la creación. Precisamente para evitar la esclavitud a la ley, las iglesias han desarrollado la hermenéutica de la filantropía, que es la interpretación de los cánones y sus leyes en el amor y la libertad, tal es la gran diferencia entre la ley al servicio de la vida y la ley que mata.

Nuestro tema es el desafío de la gracia y el desafío de la ética a la eclesiología, pero recordemos también que las iglesias juntas y, a veces, individualmente, hacen pronunciamientos sobre la situación imperante en la sociedad o en el mundo en general. Las iglesias no solo establecen cánones que rigen su vida interna: también

hacen apreciaciones sobre valores humanos y comunitarios, son lecturas que quisieran ser proféticas sobre situaciones sociales que desafían a la conciencia cristiana. En muchos casos, las iglesias juntas hacen pronunciamientos de carácter ético a los cuales atribuyen una importancia esencial a su realidad eclesial. Ha surgido una expresión de "status-confessiones" para registrar la resistencia de las iglesias a situaciones como la del *apartheid* en Sudáfrica, situaciones que asumen fuerza confesional, cuando la injusticia es negación de la humanidad de los diferentes.

La Alianza Reformada Mundial vivió intensamente ese debate en su última asamblea, cuando la injusticia que se denunciaba, frente a la cual se exigía una clara actitud de rechazo, era la estructura económica dominante con sus secuelas de marginación y miseria. Elevaremos a nivel de afirmación de fe, las posturas cristianas en el campo de la economía nacional y mundial; ya el doctor Vissert'Hooft señalaba en Upsala que la "ortopraxis y la ortodoxia se corresponden una a la otra" y que es culpable de herejía, tanto aquel que se olvida de amar a su prójimo como aquel que niega un dogma fundamental de la fe cristiana.

Es evidente que la eclesiología de la gracia plantea serias preguntas a un sistema de organización social que humilla al ser humano como consumidor, cosificándolo y marginándolo. Es evidente también que la creciente conciencia colectiva sobre los derechos humanos individuales y sociales cuestiona prácticas y convicciones eclesiales. En esta interacción entre la gracia de la cual vivimos y la obediencia que queremos manifestar en la vida cotidiana, va a surgir el caminar de la iglesia por la obediencia debida, el caminar de la iglesia con la libertad de afirmar los nuevos caminos que Dios puede estar indicando para nuestra marcha.

La eclesiología afirma nuestra identidad: vivir a la altura de sus exigencias es la tarea a la cual nos convoca la ética. La gracia de Dios es fundamento, base y meta de todo nuestro ser eclesial: que así sea.